

TZVETAN TODOROV: *Los enemigos íntimos de la democracia*.  
Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2012,(203 pp.)

LUIS DE LA PEÑA RODRÍGUEZ (\*)

## I

El libro de Tzvetan Todorov, “*Los enemigos íntimos de la democracia*”, mantiene la línea de lucidez e interés de sus obras anteriores como “*El espíritu de la Ilustración*”, “*El miedo a los bárbaros*” o “*La experiencia totalitaria*”, entre otras. Por ello, ya cabe adelantar que resulta harto recomendable su lectura.

Probablemente, un elemento que explica la calidad y relevancia de los trabajos de Todorov radique en su propia circunstancia biográfica. El autor nace en Sofía, Bulgaria, en 1939. Por tanto, durante una buena parte de su juventud vive el régimen comunista en su más dura expresión. Desde 1963 reside en París. Como cabe imaginar el contraste, en todos los sentidos, de este cambio al otro lado del Telón de Acero, fue espectacular. Ahora bien, esta circunstancia vital le permite a Todorov poder analizar con una perspectiva mucho más amplia los elementos políticos, culturales, económicos, etc., tan diversos del ámbito occidental y del oriental de Europa, aunque en la actualidad tiendan a difuminarse esas diferencias.

El libro no pretende, como reconoce el autor al inicio de su trabajo, proponer remedios o fórmulas magistrales, sino ayudar a entender mejor el tiempo y el espacio en los que vivimos. Este objetivo

---

(\*) Letrado de las Cortes Generales.

se consigue con una enorme brillantez. Desde el primer momento aborda tres de los enemigos íntimos de la democracia: el mesianismo, el ultraliberalismo y el populismo. A mi juicio, en esta relación de enemistades, se echa en falta, al menos, una referencia al nacionalismo que, en sus expresiones más radicales, choca con la democracia. El análisis parte de la premisa de que el peor defecto de la acción humana es la desmesura, la hybris. La virtud política por excelencia es la moderación, la templanza. En este sentido, coincide con el gran pensador italiano Norberto Bobbio, que titula una obra suya “*Elogio de la templanza*”.

## II

Para comenzar, el mesianismo político pretende “*conseguir una sociedad nueva y un hombre nuevo*”. Se intenta que todas las personas sean virtuosas y felices. A la postre, la finalidad es la creación del paraíso en la tierra. El aspecto negativo de esta ideología reside en que, para conseguirlo, cabe utilizarse todos los recursos, incluidos la violencia y el terror.

El mesianismo se convierte en una especie de religión política, en la expresión de Condorcet. El autor encuentra, a lo largo de la historia, tres grandes oleadas del mesianismo político: las guerras revolucionarias y coloniales, el proyecto comunista y, en tercer lugar, la democracia con bombas.

Las guerras revolucionarias y coloniales se sitúan dentro de esa primera oleada referida. La primera fase comienza a partir de 1789, de la mano de la Revolución Francesa. Probablemente, para muchos, esta gran revolución parece generar los grandes valores que constituían su lema: libertad, igualdad y fraternidad. Sin embargo, con la perspectiva de la historia, se puede apreciar que, a pesar de sus aportaciones inmensas a la civilización mundial, la Revolución Francesa

produjo también graves perjuicios en numerosos países. En efecto, los revolucionarios franceses propugnaron exportar a toda costa este proyecto ideológico. Tal operación necesitaría del uso de la fuerza, esto es, del ejército francés. Por eso se ha podido hablar de los misioneros-guerreros, encargados de trasladar esos ideales civilizadores a sangre y fuego. Como recuerda Todorov, el resultado de esta política fueron veintitrés años de guerras en Europa (1792-1815).

Para nosotros, una mención especial merecería el caso de España. Como es sabido, la invasión napoleónica comienza en 1808, dando lugar a una guerra que no termina hasta 1814. La maldita guerra de España, según la expresión de Napoleón, formulada en su exilio, *“fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con este nudo fatal: destruyó mi autoridad moral en Europa, complicó mis dificultades, abrió una escuela a los soldados ingleses... Esta maldita guerra me ha perdido”*. Con todo, la tragedia para nuestro país no fue sólo de orden material, sino también moral. La devastación abarcó una buena parte del territorio español. No obstante, lo peor se produjo por el hecho de que se enfrentaron dos países con ideologías muy diversas. El invasor francés, como misionero-guerrero, intentó implantar por la fuerza las ideas revolucionarias de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Su programa se plasmó en el Estatuto de Bayona. La reacción española fue inmediata y se aglutinó en torno a convicciones e ideas muy opuestas, que se articulaban sobre una Monarquía retrógrada, personificada en el nefasto Fernando VII, y una Iglesia oscurantista e inquisitorial. El resultado fue terrible. España, durante muchos años, quedará aislada de las ideas democráticas y de progreso que irán estableciéndose en Europa. La factura se traducirá en un llamativo retraso humano, político, económico, social y cultural.

Asimismo, este mesianismo desplegará sus efectos durante el siglo XIX, impulsado por los principales países europeos, por África y Asia, donde la colonización europea se implantará con costes altí-

simos humanos y económicos. Cabe recordar aquí que se pretendía realizar esa tarea en torno a tres ideales: civilización, cristianización y comercio. Luego se verá que parte de estos ideales vuelven a resucitar a finales del siglo XX y el inicio del siglo XXI. Todorov define con una enorme precisión los grandes rasgos del mesianismo político: *“programa generoso, repartición asimétrica de los papeles -sujeto activo por una parte, y beneficiario pasivo por la otra, a la que no se le pide su opinión-, y medios militares al servicio del proyecto”* (p. 43).

El proyecto comunista es la segunda de las oleadas, mediante las que se expresa el mesianismo político. Dejando de lado los orígenes ideológicos, que encuentra una expresión fundamental en el Manifiesto de los Iguales de Babeuf, la realización del ideario comunista se encuentra a partir de la Revolución Soviética de 1917. Como es sabido, se pretende abolir la propiedad privada y concentrar todos los medios de producción en manos del Estado. De esta manera desaparecerán las diferencias entre grupos humanos, porque toda diferencia es una fuente de conflictos. Se deben eliminar a todos aquellos que ofrezcan resistencia, así como a la burguesía, cuyos intereses van en sentido contrario. La utopía comunista requiere la desaparición de los enemigos. De ahí que se extermine a los kulaks en la Unión Soviética, de la burguesía en la China de Mao y de los habitantes de las ciudades en el régimen comunista de Pol Pot. La aplicación del terror no suscita reparos morales para alcanzar el fin revolucionario. De esta manera se modificarán las instituciones y los seres humanos. Desde esta perspectiva, la Revolución Soviética es mucho más profunda y ambiciosa que la francesa. El proyecto comunista es una manifestación del totalitarismo y se distingue de la anterior fórmula de mesianismo en la medida en que pretende el control absoluto de la sociedad y la eliminación de categorías enteras de población. Al tratar el proyecto comunista Todorov saca a colación un recuerdo personal muy significativo. Señala que una de las impresiones más vivas que permanecen en su memoria *“no son los mil y un inconvenientes de la vida cotidiana, ni siquiera la vigilancia constante y la falta de liber-*

*tad. Recuerdo sobre todo la aguda conciencia de la paradoja de que todo aquel mal se llevara a cabo en nombre del bien, que estuviera justificado por un objetivo que presentaban como sublime”.*

La tercera oleada está representada por el mesianismo, que busca imponer la democracia con bombas en tiempos más recientes, aunque ya se ha visto que el mesianismo político revolucionario de principios del siglo XIX también utilizó la fuerza.

Esta política es correctamente definida por Todorov. Consiste en establecer el régimen democrático y los derechos humanos, incluso con la violencia. Los casos más claros son recientes y se encuentran en las guerras de Irak, Afganistán y Libia. La ideología neoconservadora de Estados Unidos impulso y promovió estas guerras, en nombre de la necesidad de construir un hombre nuevo y establecer sistemas democráticos en estos países. Se conectan en ocasiones estas actitudes con el reconocimiento del derecho de injerencia que se utilizó en el caso de la primera Guerra del Golfo y de Ruanda en 1994.

Antes de la guerra de Irak, durante el mandato del segundo Presidente Bush, en 2003, debe destacarse la dignidad de la posición de países como Francia y Alemania frente al seguidismo de otros. El discurso de Dominique de Villepin ante el Consejo de Seguridad, en febrero de 2003, resume con precisión el acierto de la actitud de quienes se oponían a la intervención armada en Irak. Argumentaban que tal acción bélica sólo empeoraría la situación. Los hechos así lo han demostrado.

Todorov recuerda cómo la justificación en el caso de Irak se fundaba en la necesidad de defender los ideales de la libertad y la democracia, pero también de la libre empresa (p. 53). Todo ello sin que ahora se pueda considerar la burda falacia de la excusa de las armas de destrucción masiva en manos de Saddam Hussein, nunca encontradas. Uno de los aspectos más dramáticos en esta estrategia de im-

poner el bien por la fuerza es el de la tortura. El autor repasa esta política aplicada por los EE.UU., que han hecho célebres nombres como Abú Graíb, Bagram o Guantánamo. La aceptación de la tortura, incluyendo su regulación detallada, ha producido graves daños en el prestigio de este país y, por extensión, de sus aliados. Todorov mantiene que “un Estado que legaliza la tortura deja de ser una democracia” (p. 57). La presencia militar produce en estos casos resultados inversos a los deseados. Por ello, el autor reivindica la necesidad de utilizar otros medios como son los políticos y los policiales.

El caso de la guerra de Libia que concluyó con la dictadura de Gadafi, no creo que pueda equipararse a los de Irak y Afganistán. Existió una Resolución de Naciones Unidas para proteger a los civiles libios y habilitando, de alguna forma, la acción militar aérea de la OTAN. En todo caso, existe un riesgo importante de que los EE.UU. se conviertan en una policía mundial y que pretenda imponer su voluntad de esa manera.

En este orden de consideraciones, Todorov aborda la necesidad de contar con una auténtica justicia universal. Ciertamente, las manifestaciones existentes hasta el momento, como el Tribunal Penal Internacional de Justicia, sólo se aplican en el caso de los países más débiles y que no cuentan con el respaldo de los Estados más poderosos.

### III

Los excesos del ultraliberalismo están generando importantes problemas para la comunidad internacional. Todorov distingue tres fases en la evolución del liberalismo (p. 91). Existen unos rasgos comunes en ellas, pero el dato principal se encuentra en la equiparación del mercado con un ente omnisciente. En la práctica, ese postulado no se demuestra y los beneficios tienden a ser individuales mientras que las pérdidas se socializan.

Coincidimos con Todorov, cuando expresa la necesidad de equilibrar los intereses colectivos y los individuales. En la actualidad, los sujetos individuales tienen un enorme poder. Para limitarlo se debe de utilizar y recuperar la figura de la ley, para no dejar el campo libre al poder arbitrario de los agentes privados. En estos tiempos predominan los contratos sobre la ley como fuente de las obligaciones. No conviene olvidar que la ley sigue siendo expresión de una voluntad general y debe aspirar a la realización del bien común, nociones estas, con frecuencia, olvidadas. Igualmente, se denuncia que la globalización entraña serios riesgos para la existencia de un Estado garante de derechos individuales, en un contexto en el que el mercado puede pretender establecer su voluntad.

Para el ultraliberalismo debe otorgarse primacía al trabajo sobre cualquier otra consideración. Todorov critica, duramente, la gestión del Estado como una empresa, porque la rentabilidad no es su objetivo primordial, sino el bienestar de la población, mediante la regulación y la redistribución de riqueza. En este sentido, el autor rechaza las técnicas del management en la vida social, propugnando un equilibrio entre la rentabilidad empresarial y el buen ambiente como elemento esencial de la organización del trabajo. En esta cuestión el papel del Estado debe realizar un cierto proteccionismo del trabajador.

Por cuanto atañe a la separación de poderes, el cuarto poder sería el económico y el quinto sería el de los medios de comunicación. En la actualidad estos últimos propician la tiranía de los individuos sobre la sociedad. Evidentemente, Montesquieu no pudo contemplar ninguno de los dos citados como dos poderes adicionales a controlar. Los excesos de Berlusconi en Italia constituyen un buen ejemplo de la necesidad de evitar la concentración de todos estos poderes en una sola mano. Para los juristas está clara la idea de que no existen derechos absolutos y, obviamente, la libertad de expresión no tiene tampoco un carácter absoluto. Ciertamente, debemos compartir el criterio

de Todorov, cuando afirma que *“la libertad de expresión es muy valiosa como contrapoder, pero como poder debe limitarse”* (p. 137). En este orden de reflexiones, trata del asunto de WikiLeaks. Censura la curiosa reacción del Gobierno de los EE.UU., cuando estalló el escándalo de las filtraciones. El interés del Ejecutivo norteamericano se centró en averiguar el origen de tales filtraciones y la identidad de sus autores. En cambio, no condenó los actos criminales que llevaron a cabo las fuerzas estadounidenses de ocupación (p. 138). Sin duda, en esta materia de la libertad de expresión es necesario un ejercicio responsable de la misma.

El principio democrático *“exige limitar todos los poderes no sólo los de los Estados, sino también de los individuos, incluso cuando tienen apariencia de libertad”* (p. 140). Para Todorov, el papel del Estado en materia de libertades es fundamental. En lo que atañe a la pluralidad de la información, debe ser garantizada con mayor intensidad de lo que, en la práctica, se hace en nuestros días.

Finalmente, sobre la economía, casi una obsesión en nuestros días por los difíciles tiempos que vivimos, afirmará que no es el sentido último de la vida humana, algo que parece olvidarse por muchos. Igualmente, destaca el papel de los poderes públicos en la necesaria regulación de los mercados, sin perder de vista la necesidad de equilibrio entre la libertad económica y la intervención estatal.

#### IV

El populismo es el tercer enemigo íntimo de la democracia. El espectacular ascenso de los partidos populistas en Europa, que, de forma reiterada, se autodenominan defensores de la libertad, resulta preocupante en estos tiempos. Existen numerosas manifestaciones en el contexto continental europeo. Todorov caracteriza el populismo de una manera elocuente. Se basa en la demagogia al identificar las pre-

ocupaciones de muchos y tienen la nota común de proponer soluciones fáciles de entender, pero imposibles de aplicar (p. 148). En efecto, en política todo logro tiene un precio, que es ignorado por los populistas. Esta es una época feliz para el populismo por el enorme impulso que recibe de los medios de comunicación. Las fórmulas informativas se basan en la rapidez y en la concisión, impidiendo la difusión de mensajes ponderados y madurados.

En este contexto, se producen debates como el de la identidad nacional, que hubo en Francia en el período 2007-2011. Recordemos que se creó, bajo la presidencia de Sarkozy, un Ministerio para la defensa de la identidad nacional, cuya máxima preocupación, en la práctica, fue la población musulmana que habitaba en Francia. En la misma línea sitúa el autor las críticas a la multiculturalidad en los casos de Gran Bretaña, Holanda, Francia o Alemania. Un correcto enfoque de la cuestión obliga a distinguir entre lo público y lo privado, la ley y la cultura. Todorov rechaza la prohibición de utilización del burka en Francia en 2010 en todo espacio público. Considera que así no se favorece la libertad individual, cuando se trata de una opción libre del individuo. Tampoco cree que razones de seguridad pública justifiquen esta limitación. En el fondo, considera que la moraleja sería la siguiente: se debe ser tolerantes con los musulmanes siempre que sean igual que nosotros (p.165). Además, cuando se suscitan este tipo de debates por los responsables políticos se deben tener en cuenta las consecuencias trágicas que pueden arrostrar. Así, las matanzas en Noruega en el verano de 2011.

Por lo demás, Todorov expresa su criterio favorable a facilitar la integración de los extranjeros, fundándose en el respeto a las leyes e instituciones del país de acogida y el sometimiento de la costumbre propia a estas normas. El segundo pilar para posibilitar la convivencia de los inmigrantes se fundaría en el establecimiento de una base cultural común, donde la educación, el aprendizaje de la lengua y la memoria común del país de acogida resultarían esenciales. Igual-

mente, la inmigración produce enormes beneficios por el dinamismo, el espíritu emprendedor y la capacidad de innovación que caracteriza a estas personas.

## V

En conclusión, el libro de Todorov constituye un trabajo de sumo interés y cumple el objetivo que se propone de ayudar al lector a comprender mejor los turbulentos tiempos en los que vivimos. Asimismo, supone un llamamiento para que se reequilibren los principios democráticos básicos: el poder del pueblo, la fe en el progreso, las libertades individuales, la economía de mercado y la sacralización de lo humano.